

2. La justicia .....	717
3. El gatillo fácil y la violencia institucional .....	719
4. Piqueteros .....	721
5. Asambleas populares .....	722
6. Empresas recuperadas .....	723
7. Del pueblo a la gente, de la gente al pueblo.....	724
II. Funcionarios en ejercicio del Poder Ejecutivo: las presidencias transitorias post De la Rúa	
1. El senador Ramón Puerta .....	725
2. Adolfo Rodríguez Saá.....	726
3. Eduardo Camaño .....	727
4. Eduardo Alberto Duhalde .....	728
III. Néstor Kirchner: el presidente inesperado	
1. Las elecciones de abril .....	733
2. La legitimación de su mandato.....	734
3. Una lenta marcha hacia la justicia .....	734
4. La seguridad .....	737
5. Economía y deuda externa .....	737
6. Distintas visiones sobre la presidencia de Kirchner: ¿un estilo "K"? .....	739
IV. ¿La "revolución digital"? .....	744
<i>Documentos y lecturas</i> .....	747
Bibliografía.....	754



*Huehuetlahuolli, Testimonios de la antigua palabra (texto náhuatl). Miguel León Portilla, Librado Silva Galeana. Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.*

## Capítulo 1

### Breve panorama de la historiografía argentina

## Capítulo 1

### Breve panorama de la historiografía argentina

#### I. La historia y sus historiadores

##### 1. Conceptos de historia

Si la historia la escriben los que ganan,  
eso quiere decir que hay otra historia,  
la verdadera historia,  
quien quiere oír que oiga.

EDUARDO MIGNOGNA / LITTO NEBBIA

¿Existe una sola "Historia", con mayúscula, o por el contrario son dos (la oposición que plantea la canción citada) o muchas?

La respuesta es complicada, porque la palabra "historia" tiene un doble contenido: designa a la vez el conocimiento de una materia (el relato y/o la explicación de hechos pasados) y la materia de ese conocimiento (el pasado en sí) (Vilar, 1982).

¿Todo el pasado es historia? Según algunos sí (*Todo es historia*)<sup>1</sup>. Para otros, sólo lo más importante (constituido por los acontecimientos "dignos de memoria", ya sean públicos o políticos, institucionales o relativos a las artes, ciencias u otros hechos culturales). Otros preferimos decir que la historia está conformada por los cambios que se van produciendo en las sociedades, que se transforman debido a la acción de los hombres.

1. *Todo es historia* es el nombre de una revista argentina de gran difusión, fundada en 1967 y dirigida por Félix Luna.

Pero lo que conocemos de esos hechos es gracias a la exposición o narración que algunos hombres (cronistas, historiadores, investigadores) hacen sobre los mismos.

Sin embargo, no todo lo que se escribe sobre el pasado es calificado como "historia" por la comunidad científica<sup>2</sup> de una determinada época. Actualmente se considera "historia" a la ciencia que investiga esas transformaciones de la sociedad (con palabras de Pierre Vilar, "la dinámica de las sociedades humanas"), analiza distintos tipos de hechos (de masas: demográficos, económicos, de mentalidades; institucionales y acontecimientos), trata de describirlos, analiza las posibles causas de las innovaciones, saca conclusiones, selecciona lo que se valora como fundamental, y escribe los resultados de su indagación. De este modo, tenemos distintos tipos de historia:

- La *historia narrativa*, también denominada *anecdótica*, *romántica*, *anticuaria*, *precientífica*, busca relatar los hechos que conmueven la sensibilidad humana a través de una narración cercana a la literatura (la diferencia con el género literario es que la historia describe hechos que realmente ocurrieron, fundamentándose en pruebas). Es la que más gusta al público general, pero también es la más devaluada por los historiadores científicos y/o críticos, porque no siempre se ajusta al método científico, y en lugar de buscar explicaciones o de revisar críticamente lo que se sabe del pasado, prefiere quedarse en el tiempo o viajar a través del mismo, con el placer por lo antiguo.<sup>3</sup>
- La *historia de bronce*, es la utilizada por los gobiernos para exaltar el amor a la patria. También se la llama historia *reverencial*, *didáctica*, *conservadora*, *moralizante*, *pragmático-política*, *pragmático-ética* o *monumental*. Busca los ejemplos morales, se ocupa de quitar defectos y ampliar virtudes de hombres extraordinarios que pasan a ser "próceres", escribe sobre los acontecimientos que se celebran como

2. Una comunidad científica está constituida por aquellos profesionales que practican una especialidad, han recibido parecida educación y leído los mismos libros, enseñan colegiadamente a sus sucesores, mantienen cierta comunicación interna a través de sociedades, congresos, revistas y otras vías menos formales, sobre la base de una relativa –por su diversidad– pero efectiva unanimidad de juicios sobre el oficio (Carlos Barros, "El paradigma común de los historiadores del siglo XX").

3. Para Luis González, es la historia que sigue los pasos de Heródoto: para el primer historiador la historia fue una especie de viaje por el tiempo que se hacía, al revés de los viajes por el espacio, con ojos y pies ajenos, pero que procuraba parecido deleite al de viajar (Pereyra, Villoro y otros, 1984).

fiestas patrias. Se convierte en parte de la "historia oficial", ya que se la difunde en las escuelas para que los alumnos tengan dignos modelos a ser imitados.

- La *historia oficial* es, por definición, la que elaboran las instituciones del Estado o sus ideólogos (Gilly, 1984). No se limita sólo a la simplista versión de la "historia de bronce", sino que está integrada por parte de la "historia científica" que es o fue producida por academias o institutos subvencionados por el Estado. Las historias nacionales "oficiales" –afirma Villoro– suelen colaborar a mantener el sistema de poder establecido y manejarse como instrumentos ideológicos que justifican la estructura de dominación imperante. El Estado asume la representación general de la Historia (Monsiváis, 1984) y le deja a los historiadores profesionales la carga de ratificar o contradecir, pero siempre respetando su sitio de eje implícito o explícito de los procesos. La relación es laxa en gobiernos democráticos, y tensa en las dictaduras.
- La *contrahistoria* ofrece una versión opuesta a la transmitida por la historia oficial. Es una historia teñida por la pasión, que rescata la memoria de los dominados. Surge en general en épocas de crisis políticas o de grandes cambios, y en la urgencia por la justificación de sus objetivos, muchas veces deja de lado instancias de análisis clave para la elaboración de una historia científica.
- La *historia crítica* examina la historia sabiendo que lo hace desde una postura determinada frente al mundo; admitiendo que esa ideología condiciona e influye en las preguntas que el historiador le hace al pasado, pero tratando de ser lo más objetivo posible al buscar e interpretar las respuestas. Al igual que la contrahistoria, intenta socavar los pilares de los poderes establecidos, pero lo hace cuidando que su método se base rigurosamente en los criterios válidos de científicidad. Al respecto, Marx solicitaba "la crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que la crítica no retrocede ante sus propios resultados ni teme entrar en conflicto con los poderes establecidos".
- La *historia científica* somete a los documentos y las tradiciones a un análisis severo para tratar de establecer su origen, develar los fines y objetivos de quienes los realizaron, buscando una explicación que le dé sentido y coherencia a la interpretación que hace de los mismos. Debe ser crítica, ya que la condición del conocimiento científico es la capacidad crítica sobre el objeto del conocimiento y sobre la metodología. Sin embargo, hemos visto que aunque la "historia

crítica" está encuadrada dentro de la historia científica, también existe historia científica dentro de la "historia oficial". Esto se debe a que puede presentarse el caso de ser crítica frente a las relaciones de poder y a las situaciones existentes en el pasado, pero conservadora en cuanto a las relaciones de fuerza y de poder que se dan en el presente; ofreciendo esta interpretación del pasado como un tránsito hacia el orden de cosas existente.

## 2. Memoria e historia

Suele haber confusión entre los conceptos "historia" y "memoria". Esto quizás se deba a que la historia de los aficionados está muy cercana a la memoria, si no plenamente identificada con ella, o porque la historia oficial estuvo durante mucho tiempo ligada a la memoria de las clases dominantes.

La *memoria* es el recuerdo, la reconstrucción que un individuo o un grupo más o menos numeroso (*memoria colectiva*) mantiene de un hecho o de una época. Es selectiva, fragmentaria y parcial: responde a los intereses o a los sentimientos de alguno de los distintos sectores de la sociedad. Es subjetiva: es de alguien, sea ese "alguien" una persona o una comunidad.

La *historia*, en cambio (según definición de Marc Bloch) es "una ciencia de los hombres en el tiempo, y que incesantemente necesita unir el estudio de los muertos al de los vivos". Si la memoria de lo acontecido fuera exactamente igual a lo que realmente sucedió, el rol del historiador no tendría sentido (Noiriel, 1997: 173). El historiador necesita tratar de despegarse del entorno en el que vive y de la memoria colectiva que lo domina o circunda a fin de realizar su investigación científica lo más objetivamente posible. En el nivel de *producción*, la comunidad profesional de historiadores es la que define las normas de cientificidad propias de la investigación histórica.

Terminado el trabajo de investigación, su *difusión* por medio de publicaciones destinadas al gran público o a través de la enseñanza, contribuye a que se integre en la memoria y la enriquece.

Es indispensable que la memoria –o mejor, las memorias– sean tenidas en cuenta para hacer una historia científica totalizadora, ya que vivimos "en un mundo en que el arte de administrar los silencios es una constante necesidad estratégica y una 'segunda naturaleza'" (Noiriel, 1997: 172).

Volvemos entonces a la canción citada al comienzo del capítulo: "Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia". Con las palabras de Enrique Florescano: "Si para los poderosos la reconstrucción del pasado ha sido un instrumento de dominación indispensable, para los oprimidos y perseguidos el pasado ha servido como memoria de su identidad y como fuerza emotiva que mantiene vivas sus aspiraciones de independencia y liberación".

Teniendo en cuenta estos aspectos, Noiriel afirma que "es posible definir la historia como el conjunto de actividades de *saber*, de *memoria* y de *poder* en las que están implicados todos los individuos que ejercen el 'oficio' de historiador".

## 3. El oficio del historiador

En el siglo pasado se sientan las bases de lo que hoy se considera *historia científica*, fijando normas de procedimientos, creando modelos para el análisis, sistematizándose las ciencias auxiliares, surgiendo con fuerza las ciencias sociales.

En esa época se trató de profesionalizar la historia, estableciendo una metodología para el quehacer historiográfico que aún se considera válida. Constaba de los siguientes pasos o momentos (Cassani y Pérez Amuchástegui, 1976):

- a) *Heurística*: etapa inicial en la cual el historiador busca entre los testimonios del pasado las fuentes para su investigación. En esta instancia está ayudado por distintas disciplinas: la museología, la archivística y la bibliotecología. Esta búsqueda se hace con objetivos claros, teniendo en la mente qué se quiere encontrar, aunque a veces se tope con documentos inesperados que pueden cambiar la estructura de su investigación.
- b) *Crítica*: es la instancia donde se efectúa el análisis del documento para establecer su autenticidad (es decir, que realmente haya sido realizado por quien lo firma, o que sea una fuente de la época que se dice), y también el examen de su contenido, para constatar el grado de veracidad de la información que contiene. A través de este estudio se pueden encontrar documentos auténticos que tengan noticias falsas (por ejemplo, periódicos argentinos de la época de la guerra de las Malvinas) o equivocadas, o documentos falsos (de otra época o firmados por una persona distinta de la que figura)



con situaciones parcial o totalmente verdaderas.

- c) *Hermenéutica*: es el momento en el cual el historiador interpreta las fuentes teniendo en cuenta la situación social, política, económica de la época, así como también analiza los antecedentes. El historiador generalmente compara bibliografía sobre el hecho estudiado, a fin de sacar sus propias conclusiones. En esta tarea interpretativa juega un rol fundamental su formación previa y su cosmovisión del mundo o ideología: por un lado, cuanto más información tenga, más correcta puede llegar a ser su versión; por otro lado, ésta va a estar influida por su concepción de las clases dirigentes y de las dominadas, por su adhesión a determinadas doctrinas económicas y políticas o por su "apoliticismo".
- d) *Síntesis*: es la instancia en la cual el historiador selecciona del material analizado lo que considera fundamental para su trabajo, mediante el ordenamiento y la comprensión de las fuentes y de distinta bibliografía sobre el tema. Con estos elementos, re-crea la situación, la coyuntura o la época que está estudiando, se la imagina, la compone mentalmente, "resucita el hecho en su mente", le da coherencia a los datos, los transforma en explicación. Es el momento de "creación histórica" por excelencia (Cassani y Pérez Amuchástegui, 1976).
- e) *Exposición*: es la manera de presentar los resultados de la investigación, que puede tener una forma más o menos narrativa. Debe tener en cuenta los aspectos formales de todo trabajo histórico, como las citas al pie de página o el vocabulario específico, pero también los que atañen a las obras literarias: es importante que esté bien escrita, con ideas claras y comprensibles. Si bien no se espera que todas las obras de investigación histórica estén al alcance de cualquier lego, el historiador francés Marc Bloch<sup>4</sup> afirmaba que el historiador debe ser comprendido por el "gran público": "No imagino más hermoso elogio, para un escritor, que el que sepa hablar, con el mismo tono, para doctos y para escolares" (citado por Noiriel, 1997). Por supuesto, el vocabulario que se requiere para expresarlo por escrito depende del nivel de especialización del trabajo.

4. Marc Bloch, 1886-1944, asesinado por los nazis por su labor en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial.

#### 4. Ciencia, verdad, paradigma: conceptos básicos

Actualmente la *ciencia* se concibe como un sistema coherente de conocimientos objetivos (que corresponden de alguna manera a la realidad o a parte de ella), elaborado mediante un método racional adecuado.<sup>5</sup> El objeto del conocimiento es infinito, tanto si se trata del objeto considerado como la totalidad de la realidad o del objeto captado como un fragmento cualquiera o un aspecto de lo real (Cardoso, *Introducción al trabajo de la investigación histórica*).

Los métodos para alcanzar la *verdad*, y los conocimientos aceptados como verdaderos varían de época en época. Al no existir un criterio universal que permita evaluar la actividad científica, corresponde a cada disciplina elaborar sus propias reglas de verdad. Un conocimiento puede considerarse "verdadero" si el conjunto de especialistas del área correspondiente (o "comunidad científica") lo acepta como tal.

*Paradigma* es, en sentido amplio, el conjunto de "verdades", creencias, valores, técnicas comunes y compromisos compartidos por los miembros de una comunidad de investigadores (Noiriel, 1997: 52; Barros, *Estudios sociales* n.º 10). En sentido específico, se entiende por 'paradigma' al ejemplo o al modelo utilizado para solucionar problemas concretos en la investigación de diferentes disciplinas. Es, en definitiva, un conjunto de discursos organizados en torno a un principio unificador. La posesión de un *paradigma común* es lo que hace que un grupo de individuos se constituya en una comunidad científica: de otro modo se trataría de investigadores aislados o inconexos.

#### 5. El paradigma de los historiadores del siglo XX

A fines del siglo XX no existe un solo modo de escribir la historia, ni una exclusiva teoría explicativa que se considere la única válida. El historiador puede elegir, aunque en general está moldeado por los conocimientos adquiridos en una determinada universidad, e influido por los profesionales que más admira o respeta, y por las obras clásicas de la temática a tratar.

Las tradiciones decimonónicas que más han contribuido a la historia científica de hoy en día son el positivismo y el marxismo, y en es-

5. Definición del *Diccionario Enciclopédico Lexis/22*, Vox.

te siglo, la *Escuela de los Annales*. ¿En qué consisten? De modo sucinto te brindamos a continuación algunas características de estas distintas formas de encarar el estudio de la historia.

#### a) Positivismo

El gran maestro de los historiadores positivistas fue Ranke. Cuando apenas tenía 29 años, en 1824, expresó: "Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta mostrar lo que realmente fue" (Noiriél, 1997: 55). Pensaba que al someter a los documentos y tradiciones heredadas a una profunda crítica para discernir su origen y tratar de descubrir las intenciones ocultas además de las que se expresaban, lograría develar "lo que realmente sucedió", explicando el verdadero sentido de los acontecimientos.

Sus seguidores, entusiastas, se dedicaron a desempolvar y llevar a la luz miles y miles de documentos que podrían desentrañar la verdad de lo acontecido. Pero muchos se quedaron en eso, sin crear un marco explicativo más amplio, naufragando en un mar de papeles, convirtiéndose en "ratones de archivo", creyendo que el conocimiento histórico procede en forma acumulativa y progresiva (Florescano, 1984).

Ya en el siglo pasado se criticó a esta pretensión de veracidad de la historia basada puramente en documentos. En una polémica que Vicente Fidel López sostuvo con Bartolomé Mitre sobre la forma de escribir la historia, López cuestionaba la documentación de Mitre, diciendo que el historiador que se apoya sólo en lo escrito terminará escribiendo una historia de escritores y no de la nación entera.

Si bien la historia positivista fue descalificada por los historiadores de este siglo tachándola de narrativa, acontecimental, política, biográfica, descriptiva, etcétera, es mucho más aceptada en la práctica de lo que se admite. Algunas de sus características, como la exigencia de erudición, la creencia en la imparcialidad del historiador, el interés por los archivos, la crítica de las fuentes, brindan una imagen académica y legitiman nuevas formas de hacer historia que tengan en cuenta la mayoría de estos requisitos. Actualmente la historia tradicional sigue vigente –entre otros países– en los Estados Unidos, donde también se desarrolló una importante corriente neopositivista, y en Alemania.

#### b) Marxismo

La teoría marxista de la historia fue elaborada por Marx para determinar "las leyes de la historia", y poder guiar, de este modo, al movimiento obrero en sus luchas revolucionarias. A mediados del siglo pasado, Marx partió del análisis razonado de una realidad concreta –el capitalismo industrial inglés– e investigó, con técnicas rigurosas, los procesos que originaban y producían el capital.

Tomando a la realidad como una totalidad en la cual cada una de las partes que la componen condiciona y transforma a las demás, elaboró un instrumento teórico: el modo de producción, que capta la realidad social en su conjunto, teniendo en cuenta que las relaciones entre economía y sociedad son las características fundamentales de todo período histórico. El modo de producción es la forma en la cual se organiza el trabajo en una sociedad determinada, dependiendo de quiénes lo realicen, quién se apropie del mismo, quiénes son dueños de los medios de producción. Constituye la estructura económica de la sociedad, es decir, su base material. Sobre la estructura se asienta la superestructura, que es la organización jurídica, política, religiosa de la sociedad, y la justificación ideológica de la estructura económica y social. Pero la sociedad y la economía no son estáticas: son dinámicas. Impulsados –entre otros aspectos– por los conflictos sociales que dan lugar a la lucha de clases, surgen los cambios que marcan el progreso de la sociedad en la historia.

Analizando la historia europea occidental, Marx determinó que de las primeras sociedades primitivas sin clases sociales (donde todos luchaban por su sustento) –el comunismo primitivo– se pasó al esclavismo, en el cual un grupo (gracias al excedente económico producido por la agricultura y la ganadería), se pudo apropiarse del trabajo de una gran masa de hombres. Por distintas circunstancias se pasó al feudalismo –donde los señores feudales sometieron a gran parte del campesinado a servidumbre–, y de éste al capitalismo en la Edad Moderna. En el capitalismo la burguesía domina los medios de producción, pasando muchos trabajadores a ser mano de obra asalariada.

La situación de miseria en la que estaba reducido este proletariado a mediados del siglo XIX y el comienzo de la organización obrera para enfrentar los abusos y mejorar su situación llevaron a Marx a pensar que se estaban dando las condiciones para producirse una revolución socialista. La misma impondría una *dictadura del proletariado* que socializaría los medios de producción, disolviéndose así las diferencias de clases e instaurando un modo de producción comunista. Es de-

cir que la teoría de Marx tiene una gran parte de análisis de la realidad europea, histórica y económica, y una donde se pronostica un futuro socialista. Unos años más tarde, Lenin –basándose en el análisis marxista– modificó esta etapa prevista por Marx, y estableció que el capitalismo, con su expansión sobre otros continentes gracias a la cual logra mejorar el nivel de vida del proletariado en el país colonialista, se transforma en *imperialismo*.

Las categorías de análisis histórico marxistas, no tomadas en cuenta en el siglo pasado por su alto contenido ideológico explícito, son utilizadas en este siglo por la mayoría de los historiadores, se identifiquen o no como marxistas. En 1970, en el marco de un Congreso Internacional de Ciencias Históricas en Moscú, se reconoció la historiografía marxista como parte de la ciencia histórica (Barros, *Estudios sociales* n° 10).

### c) Escuela de los Annales

En la Francia de fines del siglo XIX comienza una profunda revisión entre quienes piensan y escriben la historia. Por un lado, se acelera el proceso de profesionalización de la historia: hasta 1880 no existía en Francia como carrera universitaria, y los historiadores surgían entre quienes se dedicaban a la literatura, a la filosofía o al derecho, entre miembros de la Iglesia o de la nobleza europea. En una etapa de grandes cambios, el Estado francés necesitaba gente menos conservadora escribiendo historia, y se nombran a numerosos profesores en cátedras de historia. Esta eclosión hace que los historiadores, entre 1880 y 1914, se pongan de acuerdo en los instrumentos críticos y herramientas (bibliografía, inventarios de archivos, publicación de documentos, edición de catálogos) que se requieren para ejercer el oficio de historiador.

Aparecen también revistas científicas de historia, que se convierten en la herramienta fundamental para esta nueva comunidad científica que surge, donde los historiadores se ponen al tanto de las novedades en investigaciones y publicaciones, y pueden hacer aportes. Entre éstas se destacaron la *Revista Histórica* (de Gabriel Monod) y la *Revista de Síntesis Histórica* (de H. Berr, aparecida en 1900). Entre sus colaboradores se encontraban Marc Bloch y Lucien Febvre, que en 1929 fundarán la revista *Annales de historia económica y social* (Pelosi, *Historiografía y sociedad*).

Dentro de un amplio debate historiográfico, se aceptan los importantísimos aportes de otras ciencias sociales como la economía, la so-

ciología, la psicología, la geografía. Sin proclamarse marxistas, buscaban recuperar la totalidad de lo histórico, a través de la relación y la comunicación de las disciplinas que se ocupaban de las ciencias del hombre. Combatieron las barreras entre las especializaciones, y lucharon contra el positivismo, tratando de que las investigaciones estuvieran dirigidas por hipótesis y problemas, en lugar de que se encandilara a sus practicantes “con la riqueza caótica de los archivos” (Florescano, 1984). Se debatió también si la historia entraba en la categoría de ciencia o no. No tocamos ahora este tema, por ser muy extenso: simplemente adherimos a la afirmación de Marc Bloch, según la cual “la historia es una ciencia porque se ha convertido en un saber que requiere un aprendizaje, supone unos conocimientos especializados y la cooperación de todos los que la practican”.

Muchos historiadores europeos responden a esta Escuela de los *Annales*, pero reconociendo la contribución del *materialismo histórico o marxismo* a la historia científica, así como también los historiadores marxistas reconocen el aporte de *Annales*. Ambas escuelas en este momento son complementarias: los historiadores que adhieren a *Annales* se preocupan por unos temas (metodología, estructuras, historia medieval y moderna) y los del *materialismo histórico* por otros (teoría, revoluciones, historia contemporánea); los primeros son mayoritarios en los países del sur europeo y los segundos en los del norte (Barros, *Estudios sociales* n° 10).

Los historiadores marxistas y de *Annales* han pasado por distintos debates internos, dando diferentes “giros” según le otorgaban más o menos importancia a algunos aspectos. De este modo, surgieron sucesivamente distintas “generaciones” en los *Annales*. Por ejemplo, la segunda (1945-1968), con Fernand Braudel, que habla de los distintos tiempos de la historia (hechos de corta, media y larga duración, o acontecimientos, coyunturas y estructuras), recibe gran influencia marxista marcándose en las corrientes *economicista* y *cuantitativista*.<sup>6</sup> La tercera (1968-1989) que se dedica a una historia de las mentalidades alejada de lo social, se denominó a sí misma *Annales: la nueva historia*.

6. La historia *cuantitativa* busca en los archivos datos numéricos sobre la población, la economía, la salud, para tratar, por métodos estadísticos, de reconstruir series de precios, salarios, exportaciones que demuestren el comportamiento de una sociedad, de la realidad estudiada, y de sus transformaciones. De este modo se pueden analizar mejor los tiempos breves de los ciclos y las crisis demográficas, agrícolas y comerciales, y se le da más importancia a los procesos (mediana y larga duración) que a la historia política.



Numerosas corrientes, algunas de escasa repercusión, circulan entre los historiadores de hoy en día. Más allá de las simpatías ideológicas o de las modas, comparten un paradigma común, originado en estas tres tradiciones anteriormente mencionadas.

## 6. Historia y política

Según el criterio positivista de científicidad, para que la historia sea científica debe despegarse el objeto a estudiar del sujeto que está investigando, quien debe actuar sólo como observador. La creencia en la imparcialidad del historiador, en su objetividad, induce a errores: toda persona que se siente a observar algo lo hará con un preconcepción, con una ideología, con una cosmovisión. Si piensa que es "apolítico", es porque no tomó conciencia de que en realidad está aceptando al mundo establecido como válido, y por lo tanto aprueba las relaciones sociales y económicas existentes. Quienes califican una postura de "ideológica" lo hacen generalmente porque va contra el sistema, cuando en realidad si no lo critica, está a favor del mismo y también forma parte de una ideología (la dominante, claro está) aunque no esté explícita.

En Europa, entre 1960 y 1980 se multiplicaron las disputas entre los historiadores "tradicionalistas", que se mantenían fieles a sus tradiciones de objetividad, moderación y neutralidad, y los "modernistas" que tenían un compromiso político (generalmente de izquierda). Los tradicionalistas atacaban a la historia ideológica que "a toda costa quiere explicar, adoctrinar, manipular" (Barros, *Estudios sociales* n° 10); eran especialmente acusadas la historia económica y la social, "demasiado" influidas por doctrinas marxistas.

Los modernistas afirmaban, en cambio, que sin un encuadre filosófico e interdisciplinar no puede discutirse el problema de la "verdad" o de la "objetividad" en la historia, y que además todo el estudio de la realidad (sea física o humana) siempre parte de un punto de vista. Agregaban que la postura de "objetividad" reivindicada por los tradicionalistas trataba de ocultar posiciones políticas conservadoras.

Es cierto que muchos de los historiadores europeos de las tradiciones marxistas o de *Annales* tuvieron militancia activa en partidos comunistas o socialistas de posguerra y participación en la lucha contra el nazi-fascismo.

Sin embargo, hay historiadores que están llamando la atención de

sus colegas por el relegamiento que hicieron del verdadero sujeto de la historia: el hombre, en pos de una historia científica y objetiva que prefería el estudio de las estructuras al de las mentalidades, dejando de lado los conflictos y las revueltas en favor de una historia cuantitativa.

Con el auge del posmodernismo se tiende a olvidar cada vez más las revoluciones y los procesos de cambio social, para dedicarse a la historia del hombre como individuo, como familia, como género (historia de las mujeres, historia de la vida privada, biografías, vida amorosa de determinados personajes), muy interesantes por cierto, ya que estudian aspectos que antes habían sido dejados de lado porque otras eran las prioridades. Se abandonan las grandes explicaciones de las luchas por las que atravesó la humanidad (macro-historia), y se vuelcan a las micro-historias.

## II. Principales corrientes historiográficas en la Argentina

### 1. Los primeros tiempos

Si bien nuestro país proclama la independencia como Estado recién en 1816, quienes integraron la Primera Junta de Gobierno Patrio estaban concientes de su papel fundador de una nueva nación; aunque no podían exteriorizarlo por una cuestión de conveniencia política, por lo que cuidaron de mencionarlo en los documentos oficiales (véase "La 'máscara' o el 'misterio de Fernando VII'" en el capítulo siguiente). Sin embargo, tres años antes de la declaración de independencia, en la *Marcha Patriótica* —luego denominada *Himno Nacional Argentino*— la Asamblea Soberana de 1813 había aceptado la letra de Vicente López y Planes, que decía *Se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación*.

La primera época de la producción historiográfica argentina sería la desarrollada aproximadamente entre 1810 y 1880: ese largo período que comienza con la guerra por la independencia, continúa con las guerras civiles y finaliza con la consolidación del Estado-nación.<sup>7</sup>

7. Justamente ése es el momento en el que se acelera el proceso de profesionalización de la historiografía en Europa y la influencia llega a estas tierras (ver punto I.3).



Al surgir el país a la vida independiente, el *deán Gregorio Funes*<sup>8</sup> publicó un *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay* que tuvo varias ediciones y buena repercusión en el público argentino. Para el inglés *Woodbine Parish* –autor de *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata (1839-1852)*– aunque la historia de Funes “fue considerada la mejor y más completa historia de los países referidos”, no dejaba de ser un compendio de libros anteriores (entre otros, de los padres Lozano y Guevara<sup>9</sup>) desprovisto de fechas, y continuado hasta la declaración de la independencia en 1816.

Pese a esto, fue una obra básica porque la producción historiográfica de esa época se nutrió de Memorias y Autobiografías hechas con el propósito de “salvar el honor” frente a las maledicencias generadas por las pasiones y/o conflictos de esa tormentosa etapa. Asimismo hubo numerosas Biografías para resaltar el papel de quienes debían ser considerados “héroes” en las luchas por la independencia o en esas primeras décadas de gobierno patrio. La primer biografía de San Martín, por ejemplo, fue escrita en Londres en 1823 por García del Río, adjunta a un informe sobre el gobierno peruano.<sup>10</sup>

En Europa, donde estaban ávidos por recibir noticias sobre estos nuevos países, proliferaron los libros escritos por diplomáticos, científicos o viajeros europeos en estas latitudes. Entre ellos se destaca el ya mencionado Woodbine Parish, que hizo un compendio de los conocimientos adquiridos sobre nuestra región, pero limitó su extensión al ver publicada la obra de don *Pedro de Angelis*: la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*. Según Parish, “es con mucho la obra más importante que ha salido de las prensas de Sudamérica” y tuvo una importancia fundamental para el conocimiento de la historia de la “República del Río de la Plata”.

8. El gobierno de la Revolución de Mayo le encarga en primera instancia una historia a Perdiel, pero con el advenimiento del Directorio, el subsidio para esta tarea se le otorga al *deán Funes*.

9. Por ejemplo, Guevara: *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*.

10. Firmó con el seudónimo “Gual y Jaén”; *Biographical sketch of General San Martin attached to Peruvian Pamphlet, being an exposition of the Administrative Labour of the Peruvian Government, 1823*.

Publicada por Pedro de Angelis<sup>11</sup> entre 1836 y 1839, la *Colección* fue comercializada en forma de fascículos que se enviaban a los suscriptores que estaban en el país o en el extranjero: la mayoría de ellos estaba radicada en Montevideo, y se trataba de emigrados por el régimen rosista. La obra, que estaba dedicada por De Angelis a Rosas (uno de los “genios tutelares que aparecen de tiempo en tiempo para reparar los males que agobian a los pueblos, y cimentar en leyes benéficas su futura prosperidad y engrandecimiento” [citado por Sabor, 1995]), debió dejar de salir al comenzar el séptimo volumen debido a la falta de papel originada por el bloqueo francés. Contiene textos de historia: descripciones, diarios de viajes, memorias e informes de y a los virreyes, descripciones geográficas, tratados, correspondencia y diferentes documentos. Muchos en esa época atacaron la *Colección* por la obsesividad que De Angelis manifestaba hacia Rosas<sup>12</sup> diciendo que era un simple negocio (Echeverría) o que su autor era nulo intelectualmente y tenía una ignorancia profunda en las cosas del Río de la Plata (Riviera Indarte). Ya en el siglo XX, Rómulo Carbia afirma que la obra de De Angelis fue esencial para transformar la naturaleza de nuestros conocimientos históricos, aunque no se atuvo a las normas de los editores europeos para la transcripción de materiales eruditos (Carbia, 1939). Lo que sucedió es que De Angelis, para hacer la lectura más sencilla y placentera, arregló las crónicas antiguas actualizando su estilo y suprimiendo datos que a los lectores se les harían pesados (según Groussac, en la Historia de Lozano quitó listas de bautismos, confesiones y otros datos sobre las Misiones que llenaban el texto y lo hacían insoportable).

Además de esta *Colección*, De Angelis publicó una *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835*, después ampliado hasta 1858. El gobierno de Urquiza había señalado la conveniencia de seguir publicándola, y de que el gobierno se suscribiera a la misma y asegurase su circulación en las provincias y gobiernos federados. Después de la caída de Rosas, y debido a dificultades económicas, De Angelis ofreció su biblioteca y archivo al mejor postor, que resultó ser la Biblioteca Nacio-

11. Pedro de Angelis nació en Nápoles en 1784, y colaboró en distintos diccionarios biográficos franceses, así como en historias de la pintura y de la música y en “Memorias históricas, políticas y literarias del reino de Nápoles”. Vino a nuestro país en 1826, invitado por Rivadavia para redactar unos diarios.

12. De Angelis firma la dedicatoria de este modo: “Su más obsecuente y obediente servidor”.

nal de Brasil, en Río de Janeiro. Nuestro país, en medio de dificultades para organizar el Estado (1854), no hizo un esfuerzo para adquirir una colección invaluable para las generaciones posteriores de historiadores argentinos. En el sentido documental, De Angelis había sido un adelantado a su tiempo en nuestras tierras.

## 2. Mitre y la escuela erudita

Dentro del primer período historiográfico argentino, destacamos el esfuerzo documental de De Angelis por conocer nuestro pasado. Su labor fue reconocida por *Bartolomé Mitre* (1821-1906), quien le compró varios volúmenes y lo invitó a la fundación del *Instituto Histórico-Geográfico del Río de la Plata*, en 1856. Este instituto tenía, entre otros objetivos, “acopiar, preparar y clasificar los materiales que han de servir para escribir la historia del país” y salvar del “olvido los documentos históricos, geográficos y estadísticos” (citado por Sabor, 1995). Estaba conformado por “las fuerzas intelectuales del país”: setenta y un hombres de letras, ciencias y artes. Un grupo de ellos (Mitre, Sarmiento, Gutiérrez, Lozano, Guido, Moreno, Domínguez y Lacasa) publicaron *Galerías de Celebridades Argentinas* en 1857, a fin de “que se lea en las escuelas, que ande en todas las manos y forme con su ejemplo varones animosos” (citado por Pomer, 1994).

Mitre, periodista, militar y político, ejerció el oficio de historiador con el objetivo de ir construyendo una memoria colectiva acorde al Estado que quería consolidar. Era conciente del proceso histórico en del cual era parte activa (en una carta a Sarmiento, le hablaba de “esta República Argentina que estamos haciendo y rehaciendo”. En cuando al quehacer historiográfico, conocía y respetaba las reglas implantadas en ese siglo por los historiadores europeos, lo cual le daba autoridad en la materia en nuestro país: la historia debía escribirse teniendo en cuenta fuentes documentales. Su aprendizaje fue autodidacta, y eso se nota en sus primeros trabajos, que adolecieron de defectos que Mitre fue puliendo en sucesivas ediciones.

Su obra no estuvo desprovista de críticas por parte de sus adversarios políticos. Juan B. Alberdi, por ejemplo, atacó las historias de Mitre por el enfoque favorecedor hacia el centralismo porteño, por la importancia que le daba a los jefes militares (según Alberdi, “la plaga de nuestras naciones”), y porque consideraba su *Historia de Belgrano* como “una leyenda documentada, la fábula revestida de certificados” (citado por Shumway, 1992). Dalmacio Vélez Sársfield opinaba que Mitre centraba demasiado su orientación hacia la política porteña y dejaba de lado figuras del interior

independencia, como el General Güemes, en su segunda edición de la *Historia de Belgrano*. Es por eso que Mitre se volcó con mayor ahinco a conseguir documentación, y la tercera edición ya podía ser catalogada como el inicio de la historia documentada en la Argentina (Rosa, *Historia argentina*: 183-184). La *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* tiene la misma corrección técnica que la de Belgrano, centrandó el proceso histórico en torno al protagonista de la independencia. En la misma San Martín surge nítidamente como el “Padre de la Patria” reelaborando la imagen no tan clara de *Páginas de historia* que había sido escrita para el primer centenario del nacimiento de San Martín (1878).

Se ha dicho que San Martín no fue un hombre, sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica, ni dar a su genio concreto un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo lógico de sus consecuencias.

Mientras tanto, *Vicente Fidel López* (1815-1903) publicaba entre 1872 y 1875 su primera edición de *Historia de la República Argentina*,<sup>13</sup> que fue entusiastamente comentada por el historiador chileno Barros Arana. López, hijo del autor del himno, había recogido en su libro las memorias de la extensa vida política de su padre; su obra era rica en anécdotas, aunque inexacta, ya que su fuente fundamental era la transmisión oral. Respetando los recuerdos de la oligarquía liberal, su historia no se consagró a la construcción de héroes, sino más bien trató con escaso brillo las figuras individuales y tomó como el gran culpable de las desgracias nacionales en ese primer período de la historia política argentina a Bernardino Rivadavia (Halperín Donghi, 1996). Su estilo era ameno, y se difundió mucho entre los argentinos.

Es por ello que Mitre le envió a Barros Arana sus críticas sobre el libro de Vicente F. López.<sup>14</sup> Éste, ofendido con Mitre, esperó su tercera edición de la *Historia de Belgrano* y se la criticó implacablemente. De este modo se inició una polémica ampliamente difundida entre el pú-

13. Titulada *La Revolución Argentina*; se extendía hasta el año 1827.

14. “Este escritor [López] debe tomarse con cautela [...] escribe la historia más bien según una teoría basada en hipótesis, que con arreglo a un sistema metódico de comprobación [...] su bagaje es muy liviano. Guiado por la brújula de su teoría, afirma en cada página lo contrario de lo que dicen los documentos [...] todo es falso y arbitrario”.

blico de esa época y los historiadores actuales: por el lado de Mitre, todos los historiadores coincidieron en el hecho de que era primordial la utilización de fuentes documentales; por el lado de López, quedó claro que no siempre Mitre utilizaba los documentos en la forma más objetiva.

En este mismo período, Domingo Faustino Sarmiento también incursionó por el terreno de la historia con intenciones políticas; sus escritos, de características combativas, están en general clasificados dentro del campo literario ya que suele equivocarse en los detalles y no pueden ser leídos como un ensayo de historia erudita (Halperín Dongui, 1996).

José María Ramos Mejía, médico, intentó hacer historia apoyado en las ciencias naturales. Con fuerte influencia del positivismo europeo, escribió *Neurosis de los hombres célebres* (1878), *La locura en la Argentina*, *Las multitudes argentinas* y *Rosas y su tiempo* (1907). Impregnado de determinismo positivista, atribuyó a causas naturales y psicológicas un gran período de la historia argentina. Sarmiento le advirtió sobre los peligros de usar anécdotas conservadas en la fantástica memoria de la facción enemiga, para diagnosticar con precisión las enfermedades mentales de nuestros hombres públicos (Halperín Donghi, 1996).

Paul Groussac (de origen francés, 1848-1929) se destacó en esta época como un historiador meticuloso y erudito que al mismo tiempo se dedicó a la literatura. Su obra –*Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires* (1907) y *Mendoza y Garay* (1916)– es, según Halperín Donghi, la “más armoniosamente lograda, después de la de Mitre”.

### 3. Una primera revisión del período rosista

Dentro de la misma corriente erudita liberal, dos historiadores van a disentir, a fines del siglo pasado, con la visión totalmente negativa de Rosas presentada por los vencedores de Caseros.

El abogado Adolfo Saldías (1849-1914), alentado por Mitre, tuvo como primer objetivo continuar con la historia de nuestro país, que en la *Historia de Belgrano* había quedado en 1820. Para conocer mejor los tiempos de Rosas –que como todo joven liberal, creía que se trataba de un monstruo sangriento– al principio apeló a las colecciones de periódicos de la *Gaceta Mercantil* (de Mariño) y del *Archivo Americano* de De Angelis (Rosa, *Historia argentina*: 183 y sigs.). Asombrado por un panorama totalmente diferente al que esperaba encontrar, consiguió la au-

torización de Manuelita Rosas para consultar los papeles de su padre que estaban en Londres. Allí leyó la correspondencia que Rosas había mantenido con San Martín y otras personalidades: Rosas, con una gran conciencia histórica, al irse del país había llevado consigo todo su archivo (Quattrocchi-Woisson, 1995). Los tres volúmenes, escritos entre 1881 y 1887, llevan al principio el nombre *Historia de Rosas y su época*, pero en su reedición de 1892 el título cambia por *Historia de la Confederación Argentina*. Su objetivo es

transmitir a quienes recogerlas quieran las investigaciones que he venido haciendo acerca de esa época que no ha sido estudiada todavía, y de la cual no tenemos más ideas que las de represión y de propaganda, que mantenían los partidos políticos que en ella se diseñaron. [...] No se sirve a la libertad manteniendo los odios del pasado.

Sin embargo, cuando le presenta su obra a su maestro, Mitre considera que es “un arma del adversario en el campo de la lucha pasada”, y se siente ofendido cuando Saldías afirma que su posición se debe a la “efervescencia de las pasiones políticas”. Le responde –reconociendo “la inmensa labor que encierra su libro”:

Si por tradiciones partidistas entiende usted mi fidelidad a los nobles principios porque he combatido toda mi vida, y que creo haber contribuido a hacer triunfar en la medida de mis facultades, debo declarar que conscientemente los guardo, como guardo los nobles odios contra el crimen que me animaron en la lucha.

Ernesto Quesada (1858-1934) publicó en 1898 *La época de Rosas*. Se diferenciaba de los escritos anteriores sobre la época rosista, porque en la mayoría subsistía la exagerada imagen del rosismo dejada por los emigrados opositores. Consideraba que el citado *Rosas y su tiempo*, de Ramos Mejía, deformaba sin querer la verdad histórica, con “autosugestión médica” y material usado tendenciosamente. En cambio, el trabajo de Saldías era “notable y concienzudo”, aunque “más panegírico que historia”. Muy considerado en el ámbito académico (abogado, juez, fiscal, profesor universitario), Quesada fue enviado a Alemania para redactar un informe sobre “La enseñanza de la historia en las universidades alemanas” (1910). Para investigar a Rosas, Quesada (de familia unitaria) se había basado en los archivos de su abuelo político, el rosista general Pacheco. En su obra reivindicó el gobierno de Rosas, denunciando el accionar unitario que se había aliado al extranjero; pe-



se a condenar la dictadura como forma de gobierno, ésta había surgido por una "necesidad de la época" (Quattrocchi-Woisson, 1995; D'Atri, 1970; Zimmerman, 1993; Rosa, *Historia argentina*). Más allá de la postura de Quesada hacia Rosas, que de este modo es un antecedente del *Revisionismo histórico*, introduce una importante renovación metodológica en la historiografía argentina que refleja el enfoque reformista de fines del siglo pasado.

El historiador entrerriano Juan Álvarez (1878-1954), si bien no se dedica a trabajar específicamente sobre el período rosista, ni lo hace en un tono laudatorio, cambia el enfoque anterior inaugurando la *historiografía económica argentina*. Muy erudito, trabajó con profundidad los archivos y las estadísticas, pero no con un sentido acumulativo sino para resolver problemáticas históricas que se le planteaban. Sus obras principales fueron *Historia de Santa Fe* y *Las guerras civiles argentinas*. En esta última le concede excesiva importancia a algunos factores económicos, no ofrece una teoría general del origen de los conflictos armados en la historia nacional y deja de lado la acción de agentes individuales, pero da una nueva perspectiva de análisis, buscando una explicación para comprender el presente y prever las dificultades futuras. Es por ello que sostiene la necesidad de revisar los estudios históricos realizando una investigación metódica de las causas generales; al respecto afirma lo siguiente:

Por falta de método en los estudios, el pasado argentino aparece como un confuso amontonamiento de violencias y desórdenes, y es general la creencia de que millares de hombres lucharon y murieron en nuestros campos, por simple afección a determinado jefe y sin que causa alguna obrara hondamente sobre sus intereses, sus derechos o sus medios de vida habituales (Álvarez, 1984; Halperín Donghi, 1996).

#### 4. La Nueva Escuela Histórica

Esa necesidad de encarar la investigación de la historia con un criterio metodológico riguroso –reclamada por Álvarez– comenzó a ser satisfecha con el surgimiento de la primer camada de historiadores profesionales en la Argentina, que constituyeron una comunidad científica. Este grupo de investigadores jóvenes –compuesto por Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Emilio Ravignani, Luis María Torres, Enrique Ruiz Guiñazú y luego otros, como José Torre Revello y Ricardo Caillet-Bois– fue denominado *Nueva Escuela Histórica*

ca (Devoto, 1993; Pagano y Galante, 1993). La mayoría era egresada de la Facultad de Derecho, ya que la organización de la enseñanza superior específica en Historia fue tardía en la Argentina. En realidad no constituían un grupo homogéneo de trabajo, ya que no todos tenían la misma afinidad ideológica o la misma metodología, por lo que a algunos de sus integrantes les molestaba esa clasificación. El nucleamiento se hacía en torno a las dos principales instituciones de investigación histórica (la *Junta de Numismática e Historia Americana*, luego denominada *Academia Nacional de la Historia*, y el *Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras*), aunque muchos participaron en ambos organismos. Estas instituciones aspiraron a controlar –y en lo posible a monopolizar– el saber histórico "legítimo": ellas determinaban qué era cierto y qué no, y a través de sus distintos contactos con los gobiernos de turno que colaboraban económicamente con las publicaciones, se producía su difusión. Construyeron de este modo la versión "autorizada" sobre el pasado nacional. Sin embargo, ambas sociedades rivalizaban en cierto modo entre sí, la primera siguiendo el modelo de Mitre, y la segunda tomando como maestro a Quesada.

La *Academia Nacional de la Historia* tuvo su origen en la Junta de Numismática (fundada en 1893). Ésta, reconocida por el gobierno por su erudición y seriedad, había desarrollado una intensa labor durante el Centenario publicando distintos documentos y periódicos que se constituían en fuentes fundamentales para el estudio de los primeros años patrios. Daba asimismo asesoramiento a los diferentes gobiernos sobre los símbolos patrios, las denominaciones para las estaciones de ferrocarriles, las viñetas y los próceres para los billetes, y la reconstrucción de ruinas y conservación de monumentos históricos. Tomó gran impulso bajo la dirección del Dr. Ricardo Levene, y editó la *Historia de la Nación Argentina*. Esta es la versión de la historia que, simplificada, será la difundida por los manuales escolares. Será denominada por el entonces naciente *revisionismo* como "la historia oficial". La Junta de Numismática se transforma, bajo el gobierno del general Justo (1938), por decreto, en la ya mencionada Academia.

El nacimiento del *Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras* tuvo lugar gracias a la creación de la Sección de Historia en dicha facultad en 1905, con el objetivo de organizar trabajos de investigación que serían publicados por la *Revista de la Universidad* o por la propia facultad. Realizó una tarea heurística fundamental publicando series documentales, como los *Documentos Relativos a la Organización Constitucional de la República Argentina*, los *Antecedentes de*



la *Independencia Argentina*, los *Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata* y las *Asambleas Constituyentes Argentinas*. El Dr. Emilio Ravignani tuvo una actuación muy destacada durante largas décadas en el Instituto, por lo que éste actualmente lleva su nombre.

Ravignani revisó la historia argentina de la primera mitad del siglo XIX, reivindicando la figura de los caudillos. Afirmaba que la constitución había sido producto de su accionar, aunque los historiadores hasta ese momento los trataban como si hubieran sido enemigos de la patria (excepto Güemes). Lo que antes era considerado como "anarquía" era reinterpretado como un período de fecunda acción constituyente (Buchbinder, 1993).

Pese a este cambio de mirada sobre parte de la historia argentina, Ravignani no puede ser considerado "revisionista" porque se diferencia de esta corriente en su ferviente defensa del sistema liberal propiciado por la Constitución de 1853.

## 5. Revisionismo o "contrahistoria"

### ¿Qué es el "revisionismo"?

El revisionismo no es una corriente historiográfica homogénea, por lo tanto es difícil de definir. Una de las características comunes de sus integrantes, es la denuncia del ocultamiento deliberado de ciertos temas en la historia argentina, o su tergiversación por parte de la "historia oficial", que justifica la actuación antiargentina de nuestra oligarquía. Como en general se destaca en primer término su oposición a la versión transmitida por la historia oficial, está catalogado como "contrahistoria".<sup>15</sup>

Muchos identifican "revisionismo" con "rosismo" y con "nacionalismo de derecha", por las características que tuvo el movimiento en su época inicial. Sin embargo, los puntos de vista de los distintos historiadores que se reconocen como "revisionistas" son muy variados (Cattaruzza, 1993). Hay revisionistas rosistas de izquierda y de derecha, y revisionistas no rosistas que se encuadran también en un amplio espectro ideológico. Están quienes se identifican con el peronismo, y otros que son profundamente antiperonistas.

15. Ver definición en punto I.1. de este capítulo.

### a) ¿Cuándo comienza el revisionismo su labor historiográfica?

Fermín Chávez afirma que el revisionismo comenzó "mucho antes" de 1930 (Chávez, 1984), sin especificar la fecha. Para Arturo Jauretche (1970) cada época tuvo sus representantes, siendo los más distinguidos en los primeros tiempos Saldías y Quesada. Es decir, cuando se instala el debate sobre Rosas en la sociedad argentina. Tanto José María Rosa (1992) como otros *revisionistas* denominan "antecesores" o "precursores" a los historiadores que revisaron la historia argentina "con criterio argentino" (utilizando sus propias palabras) antes de esa década.

### b) ¿Cuáles son los rasgos distintivos de ese movimiento?

- En primer lugar, ser *nacionalistas no liberales*. Hay nacionalistas liberales, como José Luis Busaniche (1892-1959), que tienen puntos de vista bastante cercanos a los revisionistas y sus serias investigaciones han aportado mucho a la revisión de la historia argentina, pero que no están encuadrados dentro del movimiento revisionista.
- En segundo término, la franqueza para *explicitar el proyecto ideológico* que los mueve a investigar. En general existe un compromiso político claro. Es por ello que se debe respetar, en la clasificación de "revisionista", a quien se incluye voluntariamente en la misma (Cattaruzza, 1993).<sup>16</sup>
- Este proyecto tiene, como característica común, el *antiimperialismo*: la oposición expresa al neocolonialismo de Gran Bretaña primero, y luego de los Estados Unidos.
- Diferencias con los círculos historiográficos académicos. A los revisionistas les irrita el lugar de poder y de prestigio científico adquirido (especialmente por la Academia Nacional de la Historia) desde donde difunden sus investigaciones, "supuestamente" objetivas. Los académicos tachan a los revisionistas de poco científicos, no objetivos y urgidos por razones políticas para hacer sus investigaciones, que resultan así carentes de seriedad. A éstos les

16. A. Cattaruzza, op. cit. Por el contrario, Norberto D'Atri (en A. Jauretche, op. cit.), menciona como "revisionistas independientes" a Carlos Heras y Joaquín Pérez, que tuvieron una importante labor historiográfica sin ajustarse a los cánones del liberalismo, pero no se embarcaron en el revisionismo ni se definieron categóricamente.

molestaba que justamente la historia revisionista –escrita de este modo– se haya difundido tanto, se hubiera vuelto tan popular a partir de 1955, pese a no tener instituciones que desde el gobierno la apoyasen.

### c) Evolución del revisionismo

La primera obra “significativa” o “fundacional” de la corriente revisionista, fue *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta en 1934 (véanse Halperín Donghi, 1996; Quattrocchi-Woisson, 1995). En la misma condenaban la actitud sumisa y dependiente de la oligarquía argentina, que se postraba ante Gran Bretaña firmando el pacto Roca-Runciman en 1933. Para Julio Irazusta, “Rosas es la clave de la historia argentina”, no tanto por su forma de gobierno –que no propone como modelo para instaurar una convivencia “civilizada”– sino por su defensa de la integridad territorial, ya que “el país se achicó” tras su caída, que considera un “fracaso nacional” (Irazusta, 1958).

Los primeros revisionistas son catalogados generalmente como *nacionalistas*. Éstos conforman un

[...] conjunto heterogéneo de grupos culturales y políticos, surgidos hacia fines de la década de 1920, que tienen conciencia de pertenecer a una misma generación y que comparten algunos elementos político-ideológicos comunes, tributarios de ideas europeas, [...] se caracterizan por su oposición al proceso de modernización iniciado en 1880, su crítica al sistema liberal, al positivismo y al socialismo, su exaltación de la nacionalidad y su adhesión al catolicismo (Piñeiro, 1997).

Estos nacionalistas se caracterizan, además, por su xenofobia y su repudio al proceso de democratización política iniciado con Yrigoyen (Halperín Donghi, 1996). Esta actitud puede ser analizada en los escritos de Irazusta (declarado antiperonista admitido por la Academia Nacional de la Historia en 1971), Carlos Ibarguren (1877-1956; *Juan Manuel de Rosas: su historia, su vida, su drama*), Vicente D. Sierra<sup>17</sup> (1893; *Historia de las ideas argentinas*), Ernesto Palacio (1900; *La historia falsificada, Historia de la Argentina*), Manuel Gálvez (1882-1962; *Yrigoyen, Vi-*

17. Según Quattrocchi, es considerado por sus colegas revisionistas como el más profesional y el más serio de todos ellos, junto con Irazusta.

*da de Juan Manuel de Rosas*). No así en Ramón Doll (1894-1970), proveniente de la izquierda, que se suma al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, creado en agosto de 1938 por los “simpatizantes de la nueva conciencia argentina”.

Cuando surge el peronismo, muchos de sus adherentes van a optar por el revisionismo. No Perón, que en sus primeras presidencias prefirió pronunciarse a favor de la historia oficial, bautizando a los recientemente nacionalizados ferrocarriles con los nombres de los próceres tradicionales. Había dicho “bastantes problemas tengo con los vivos para ocuparme además de las historias de los muertos”. A pesar de sus deseos, sus detractores lo identificaban plenamente con la figura de Rosas (hablaban de la primera –Rosas– y la segunda tiranía –Perón–), pero también gran parte de sus seguidores, por lo que después de 1955 se fue aceptando que el revisionismo debía ser la interpretación de la historia del peronismo.

De todos modos, había grandes debates en el Instituto Juan Manuel de Rosas porque ni todos los revisionistas eran peronistas, ni tampoco ser revisionista significaba ser rosista.

Entre los revisionistas rosistas-peronistas se destacó *José María Rosa* (1906-1991), con sus trece volúmenes de la *Historia Argentina*, de gran difusión. Ésta, que llegaba hasta 1946, fue continuada hasta 1976 bajo la dirección de *Fermín Chávez* (el más prestigioso de los historiadores revisionistas que trabajan actualmente). Entre los revisionistas peronistas no rosistas provenientes de la izquierda nacional se destacó *Rodolfo Puiggrós* (1906-1980; *De la colonia a la revolución; Los caudillos de la Revolución de Mayo; Rosas el Pequeño*).

Para difundir los artículos e investigaciones de sus miembros en forma orgánica, el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas publicó su *Revista* entre 1939 y 1961; luego continuó bajo el nombre de *Boletín*. Actualmente, reinaugurado el Instituto, la *Revista* se volvió a editar, pero sin regularidad.

En forma más inorgánica, pero contribuyendo a la difusión masiva de la historia revisionista, las editoriales *Theoría*, *Sudestada*, *Peña Lillo*, *Pampa y Cielo* y otras, publicaron numerosos libros de autores de esta corriente, muchos de ellos en ediciones económicas.

Si bien en 1983 Halperín Donghi escribía que el revisionismo histórico argentino tenía un “vigor al parecer inagotable” –pese a que, en su opinión, sus contribuciones eran “modestísimas”–, a comienzos de la década del 90 tiene pocos portavoces. Según Cattaruzza,

[...] aquella potencia que había caracterizado al revisionismo, y al menos sorprendido a sus antagonistas, parece agotada [...] aprisionado entre su todavía escasa penetración académica y su mínimo registro de los cambios en los problemas históricos que interesan al público, el grupo ya no logra hacer oír su voz: el revisionismo no se halla hoy en condiciones de participar activamente en las discusiones colectivas sobre el pasado nacional.

## 6. La renovación historiográfica a partir de 1955

Hacia la década del 60 se produce una importante renovación historiográfica en el ámbito de la investigación universitaria, facilitada por la vinculación entre el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA –dirigido por *Gino Germani*– y el Centro de Estudios de Historia Social, dirigido por *José Luis Romero*. Esta renovación no propone un profundo cambio en la interpretación del pasado,<sup>18</sup> sino un proyecto de investigación conjunta y sistemática de la historia económica y social argentina. Estos temas habían sido tratados por algunos integrantes de la Nueva Escuela Histórica e incluso por el anteriormente mencionado Juan Álvarez, pero eran textos aislados, en general no conectados entre sí.

Pese a ser este Centro de Estudios de Historia Social una institución más bien marginal dentro de la historiografía académica, debido a su enlace con la Escuela de los Annales (véase punto I. 5c de este capítulo) y a su comunicación con otros centros de investigación universitaria en el interior de nuestro país, ha ejercido gran influencia en la historiografía actual. Los historiadores renovadores más importantes en la Argentina de hoy son *Tulio Halperín Donghi* (*Revolución y Guerra; Historia contemporánea de América Latina*), *Haydée Gorostegui de Torres*, *Reyna Pastor* y *Nicolás Sánchez Albornoz* entre otros. Contaron con el aporte de historiadores norteamericanos y de investigadores provenientes de otros campos con preocupaciones más técnicas, como *Ricardo Ortiz*, *Adolfo Dorfman*, *Horacio Giberti* y *Noel Sbarra*.

En el análisis de la historia como ciencia social se estaba abando-

18. Según Eduardo J. Míguez, "El paradigma de la historiografía económico social de la renovación de los años '60, vistos desde los años '90", en Galante y Pagano (1993).

nando la historia acontecimental o política, para privilegiar más la introducción de variables económicas y sociales. Consideran que la historia de la Argentina del siglo XX comienza a adquirir rasgos de "Moderna" a partir de 1880. Para estudiar la "generación del 80" se tuvieron en cuenta aspectos como la posesión de la tierra, la colonización, la inmigración, la distribución de la riqueza y de la población, los factores externos, la centralización del poder político, y los grupos político-sociales e ideologías predominantes.

Estaban preocupados por la inestabilidad política (que había comenzado en 1930, cuando se rompe por primera vez en este siglo el orden político democrático), marcada en esa época por el "fenómeno peronista", al que en general analizan desde afuera del mismo. Predominaban, como instrumentos de análisis, las teorías de la Modernización y de la Dependencia, que daban una visión pesimista con relación al pasado.

Al mismo tiempo que se difundían estos análisis, con un perfil altamente sociológico, seguían manteniendo importantes relaciones con el poder político los seguidores de la historia erudita. Gracias a ello obtenían fondos para la publicación de sus obras y para la organización de congresos, como el I y II Congreso Internacional de Historia de América. Entre los integrantes de la *Nueva Escuela Histórica* se destacan *Ricardo Caillet Bois* (discípulo de Emilio Ravignani) y *Enrique Barba* en La Plata.

Estas dos tradiciones historiográficas (el Centro de Historia Social y la Nueva Escuela Histórica), pese a las tensiones internas entre ambos grupos, compartían el reconocimiento como "comunidad científica" frente a la otra historia, la "militante" o "de combate". Ésta también se hallaba dividida en dos corrientes: el revisionismo (del que nos ocupamos ya ampliamente) y las distintas vertientes de izquierda, que iban del stalinismo al trostkismo. Ambas cuestionaban a las dos tradiciones arriba mencionadas, calificando de "liberal" a la vieja historia erudita, y de "cientificista" a la nueva historia social.

Con respecto a la vertiente de izquierda, que se basaba para su análisis en la teoría del Imperialismo, entre sus integrantes más destacados figuran *Milcíades Peña* y *Jorge Abelardo Ramos*.

## 7. La historiografía argentina reciente

La comunidad de historiadores está nutrida por gran cantidad de



integrantes de diferentes ámbitos; la "tradición clásica" sigue en torno a la *Academia Nacional de la Historia* y al *Instituto de Historia del Derecho*. La "tradición renovadora" está en general nucleada en torno a las distintas universidades del país, que editan los resultados de sus investigaciones en diversas publicaciones: *Cuadernos de Historia Regional* (Universidad Nacional de Luján), *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales* (Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires), *Estudios Sociales* (Universidad Nacional del Litoral, de Rosario y del Comahue), *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (Universidad de Buenos Aires).

Entre otras instituciones que congregan a historiadores de todo el país, podemos mencionar al *Comité Argentino*, filial del *Comité Internacional de Ciencias Históricas*. Entre sus presidentes figuraron Ricardo Caillet Bois, Enrique Barba, Roberto Cortés Conde y César García Belsunce. Organizan jornadas periódicas de las cuales a veces publican las actas, que reflejan el estado de la cuestión en la historiografía argentina, organizando los trabajos por áreas temáticas de la historiografía: Historia del Derecho y de las Instituciones, Historia medieval europea, Historia moderna, Historia colonial, Historia regional, Historia del arte y de la arquitectura, Historia económica, Historia política, Historia agraria, Historia de las ideas y de la ciencia, Historia de las relaciones internacionales, Historia demográfica.

## Documentos

### Documento 1. Los héroes desconocidos

Bartolomé Mitre, *Páginas de Historia*

¡Cuánta acción heroica ha quedado envuelta en el humo de los combates o yace sepultada en el polvo de los archivos! Millares de héroes sin biografía han rendido noblemente su vida, como el mensajero de Marathon, "sin pensar siquiera en legarnos sus nombres", según la expresión del poeta. Estos son los héroes anónimos de la historia. Multitud de hechos magnánimos y generosos yacen envueltos en el polvo del olvido, sin que una mano piadosa se cuide de sacudirlo, para que aparezcan en todo su esplendor las nobles figuras de nuestros soldados ilustres. Estos son los héroes desconocidos de la historia.

¡Cuántos sacrificios oscuros, cuántos mártires modestos, cuántos héroes anónimos y cuántos hechos ignorados dignos de eterna memoria, de esos que hacen honor a la humanidad y constituyen la gloria más excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia militar!

[...] Esos nombres merecen ser inscriptos en letras de bronce, en el gran monumento que la posteridad consagrará a las glorias nacionales. Mientras tanto, la imprenta, con sus fungibles letras de plomo, que se reproducen sin cuento, se encarga del premio y de la reparación.

### Documento 2. La biografía

Domingo Faustino Sarmiento.

La biografía es el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara [...] Nada es más fácil, no hay cosa que excite mayor interés y mueva simpatías más ardientes que la historia particular de un hombre a cuyo nacimiento asistimos, siguiéndolo en sus juegos infantiles, en sus estudios, en sus ocupaciones, en la vida doméstica, hasta que lo vemos escoger la puerta en el mundo y anunciarse con timidez a los circunstantes. (*El Mercurio*, Chile, 20 de marzo de 1842.)

### Documento 3. La autobiografía

Gregorio Funes

Cuando el inocente baja al sepulcro no puede ya rechazar los ataques de la impostura. Es, pues, preciso confesar que es un deber de toda alma honesta y sensible estar alerta ante él para impedir que la calumnia entre a turbar el reposo de sus cenizas. (Citado por C. Saavedra en *Memoria Autógrafa*).